

á efecto de reducir al orden al guerrillero Vargas. Ese convenio quedó concluido un sábado de los primeros días de Marzo del año citado, llegando á la ciudad entre 7 y 8 de la noche, dicha fuerza; ocurriendo en su arribo un ligero tiroteo entre la caballería visitante y las tropas de Vargas que desorganizadas se batían unas y se desorganizaban otras. En ese estado las cosas, Vargas no acertando qué hacer en medio de la confusión que produjo el choque tan inesperado, resolvió por fin tomar sólo la vía por donde se dirigían á Uruapan, Mercado, Díaz y García, y encontrándose sobre la misma vía, le hicieron una descarga los soldados de aquellos jefes, poniéndole en retirada, persiguiéndole, sin embargo, el Capitán Florian Romero, subordinado del Coronel Díaz, y Dionisio, mozo que fué de Mercado, haciéndole fuego hasta verle caer del caballo en uno de los callejones de la Quinta á consecuencia de haber sido herido y en ese estado quedó el guerrillero en aquel sitio y pudo entrar á uno de los sembrados de trigo que había inmediatos, donde quedó muerto y encontrado su cadáver la mañana del domingo siguiente, quitándose ese elemento de discordia entre los pronunciados de aquella época.

La fuerza del finado guerrillero fué reorganizada y refundida en las secciones de los Coroneles Díaz y Magaña, en las que prestaron sus servicios los ciudadanos que la componían, hasta el triunfo del plan de Ayutla; y el cuerpo de caballería de la Brigada Huerta, regresó á su cuartel general al siguiente día.

El que esto escribe fué testigo presencial de toda la tragedia indicada antes, por haber estado al servicio de la sección Díaz como Capitán de infantería.

Después de seis meses de haber atacado la plaza del Valle de Santiago, reaparece de nuevo en el municipio de Coeneo el jefe centralista Nazario González, con una sección de caballería, en persecución de los pronunciados; y tocando de paso el rancho de Tunguitiro, manda incendiar sus principales fincas, recogiendo por fin cuantos muebles estuvieron á su alcance para llevarlos consigo; siendo la finca incendiada y muebles avanzados de la propiedad de la familia Huerta, haciéndose más notable para los vecinos ese hecho, por haberse efectuado en viernes santo, uno de los principales días de la semana mayor.

Expedición de la Brigada Huerta al Estado de Jalisco.

Combate en Cocula, en que este jefe resultó gravemente herido.

En Febrero de 1855, el General Epitacio Huerta, con su carácter entonces de Coronel en jefe de las fuerzas que secundaron en esa época el movimiento revolucionario de Ayutla, en Michoacán, organizó una expedición que llevó á sus órdenes á diferentes puntos del Estado de Jalisco, haciendo la propaganda de los principios liberales, solicitando correligionarios en aquel país y combatiendo á los tiranos siempre que se presentaba ocasión de batirlos con resultado, y de regreso á Michoacán en uno de los días del mes citado, tuvieron sus tropas un encuentro con las del enemigo, al mando del General Ramón Tavera, en Cocula de Jalisco, re-

sultando de ese hecho de armas algunos muertos y heridos levemente, entre oficiales y tropa.

Mas en cuanto al Coronel en Jefe, éste fué también herido de gravedad, por haber sufrido en el brazo izquierdo una lesión inferida con un proyectil del enemigo, que después de algunos días de penosos sufrimientos, le fué amputado aquel miembro en la Villa de Quiroga por entendidos Profesores, y con ese motivo quedó mutilado de su brazo el jefe Huerta, dispuesto, sin embargo, al servicio de la República.

Mediante la incapacidad de ese jefe para continuar al frente de la Brigada, ésta quedó á cargo del General Santos Degollado y de su segundo Luis Ghilardi, como Mayor general de ella; y bajo las órdenes de aquél, continuó la Brigada haciendo la campaña.

En esas circunstancias, de paso por el pueblo de Atapan con el herido, el General Degollado dirige de aquel lugar al de Los Reyes de Salgado, un recado escrito al que escribe estas líneas, que se hallaba entonces expedicionando en aquel Distrito, al frente de la sección Díaz, de Paracho, y el contenido de aquel recado, que original tiene á la vista, es como sigue:

"Señor Don Manuel Barbosa y compañeros, Don Angel Medina y Don Francisco Chávez.—Muy Señores míos:—Participo á Ustedes que el Sr. Coronel Huerta y su sección, han vuelto de una larga expedición á Jalisco, en que resultó herido ese jefe y otros oficiales. Por esta causa, la tropa necesita descanso y lo va á tener por unos días; y entretanto suplico á Ustedes, vigilen sobre el camino en que aparezca el enemigo y en caso necesario nos avise á Coeneo ó Tunguitiro, lo que ocurra por conducto de nuestro amigo Leonardo López que les lleva esta carta que, suplico á Ustedes dispen-

sen á su afmo. amigo y compañero que los estima S. M. B.—*Santos Degollado.*—Rubricada.—Sr. Manuel Barbosa.—Donde se halle."

Dicho recado fué recibido y contestado en la misma fecha, en Los Reyes, por conducto del portador López, ofreciendo vigilar los movimientos del enemigo y dar aviso, en caso necesario, remitiendo con el propio, al Sr. Degollado, al pueblo de Atapa, algunos comestibles y objetos de asistencia para enfermos y heridos, de los cuales se acusó el correspondiente recibo, dando las gracias al remitente.

También se mandó en el mismo año por el mencionado Coronel Huerta, otra expedición al propio Estado de Jalisco á las órdenes del Coronel Juan García, la cual llevó algunos días por aquel país con buen éxito, regresando á Michoacán sin novedad alguna.

Dicho Coronel falleció después en la Capital de Michoacán, dejando en Jalisco bien puesta la reputación de las tropas liberales de aquel Estado y algunas personas comprometidas á tomar las armas en defensa del plan de Ayutla y muy especialmente, en la localidad de Adobes, pueblo tapatío, las cuales, á pocos días, saltaron á la arena.

Los prófugos de Chapala, regresaron con sus jefes al Estado de Jalisco, quedando algunos en Michoacán al servicio de las fuerzas liberales que siguieron atacando y ocupando algunas plazas enemigas, cuya marcha emprendieron aquéllos, después de la ocupación de Morelia.

ATAQUE Y OCUPACION DE LA PLAZA DE PURUANDIRO.

La plaza de Puruándiro de Calderón, se atacó y ocupó en Marzo de 1855, con fuerzas de la Brigada Huerta, del Coronel Pueblita y de la sección Díaz, de Paracho. ésta á las inmediatas órdenes del que esto escribe; y todas á las del General en jefe Santos Degollado y del Mayor general Luis Ghilardi: en ese hecho de armas fué bastante útil la artillería de montaña de la Brigada Pueblita que á cargo del Comandante de la arma José Trinidad Zavala y del Teniente Miguel Mancera, ya finados, obró tan bien en el ataque de la fortaleza de dicha plaza, teniendo aun que vencer, al efecto, algunas dificultades del arma que se improvisaron empeñosamente á fin de tener resultado.

Como ese ataque duró más de 24 horas sin poderse decidir, se derramó con abundancia la sangre, y mirando con pena el General Degollado la matanza ocurrida en ese período, no le fué dable resistir los impulsos de su sensible y noble corazón y con ese motivo antes de ver el resultado definitivo del combate, pretendió suspender el ataque y retirar las fuerzas, liberales de la ciudad para evitar la efusión de sangre, pensamiento que comunicó á Ghilardi y á Pueblita, derramando gordas lágrimas que brotaban de sus ojos; mas esos jefes supieron calmarle y disuadirle de tal intento, asegurándole que la plaza en ataque quedaría á sus órdenes en la tarde de ese mismo día.

Esa indicación le calmó un tanto, y el combate siguió con mayor fuerza, por lo que, á fin de lle-

varlo á buen término, el Mayor general Ghilardi se propuso estimular á la tropa para que se batiera con brío en el asalto preparado sobre la plaza de la ciudad, adoptando el medio para conseguir el fin de despertar en el soldado el sentimiento de la codicia, arengándole al efecto en ese sentido en la garita de San Antonio, en los términos siguientes, sobre un poco más ó menos:

«¡Soldados defensores del plan de Ayutla! Siempre que en el asalto intentado sobre el enemigo, quedase la plaza tomada en fuerza de vuestro arrojo y de la pericia militar de los jefes que os conduzcan al triunfo, tendréis libertad de manos; y en ese concepto, si os cogéis en ellas hasta la custodia y paramentos de la parroquia, no habrá quien bajo ningún pretexto los arranque de vuestro poder, porque no se atenderán reclamaciones de ninguna clase, ni menos valdrían influencias; y continuó diciendo: ¡Soldados del pueblo! ¡que viva la libertad y mueran los tiranos!

Y estando ya los asaltantes al frente de las trincheras, se dió la voz de fuego. Luego se oyeron las detonaciones de las armas, las notas de los clarines tocando á fuego, entre gritos, imprecaciones y silvidos del pueblo, en distintas direcciones, siguiendo el combate en mayores proporciones, entre llamas, escombros y descargas de artillería que jugaba de lo lindo; por lo que en pocas horas de encarnizada lucha, la plaza enemiga quedó en poder de los asaltantes, la tarde del mismo día 19 de Marzo de 1855, según el ofrecimiento hecho al General Degollado por dicho jefe, y mediante el estímulo que los soldados vencedores supieron aprovechar, cogiéndose algunas pequeñeces del vecindario, respetando las alhajas del templo y algunas propiedades.

Las frases dirigidas á la tropa por el Mayor general Ghilardi momentos antes del asalto, las oyó

salir de los labios de ese jefe el que esto escribe por haber asistido á ese hecho de armas al frente de 50 infantes de la sección Díaz, como Capitán y jefe accidental de ellos en aquella fecha.

Concluido el ataque se recogieron armas, caballos y diferentes objetos de guerra; se curaron los heridos y se mandaron sepultar los muertos de ambas fuerzas, tomándose prisioneros algunos individuos de tropa y entre ellos al Coronel Valenzuela que defendía la plaza, al Mayor de la fuerza enemiga, cuyo nombre no se recuerda, y á otros subalternos, entre los cuales se encontraba el subteniente Timoteo Bernal, natural de la ciudad vencida.

Al siguiente día de la ocupación de la plaza de que se viene tratando, se tuvo noticia del pronunciamiento de la plaza de Zamora con una parte de sus oficiales, promovido por los Capitanes Negrete y Trejo, en el mes y año antes citados; y en consecuencia, á otro día se alistó la fuerza liberal, emprendiendo luego la marcha en dirección á aquella ciudad, á las órdenes siempre del General Degollado.

De paso la División por el pueblo de Janamuato, fué aprehendido por la vanguardia de ella, el jefe de acordada del Distrito de Puruándiro, Don José Ortiz, que tanto liberal fusiló en aquella época, pagando en la propia moneda la deuda que debía y quedando su cadáver pendiente, la mayor parte del día de su ejecución, de una sogá colgada en el umbral de una puerta de golpe, puesta sobre el camino que de Puruándiro conduce a la hacienda de Villachuato. Lo mismo pasó á Navarrete, otro jefe de acordada de San Francisco Angamacutiro, que siguió la conducta de Ortiz con algunos servidores de la causa de Ayutla.

El 22 del mes citado abandonaron la plaza de Puruándiro las tropas liberales para dirigirse á Za-

mora, con el objeto de cerciorarse de aquel movimiento, pernoctando la tarde de ese día en la hacienda de Villachuato, alojándose el General en jefe, en una de las principales viviendas de la finca. Poco después, se manda anunciar al superior la llegada del guerrillero de Penjamillo, Juan Grande, con 25 hombres de caballería, bien montados pero mal armados, con lanzas todos, banderolas encarnadas, y uno que otro con sable y mosquete.

Luego se dirige el guerrillero al alojamiento del General en jefe, dejando entretanto sus soldados en formación frente á la entrada principal de la hacienda indicada, le saluda y habla muy respetuosamente al general Degollado, solicitando ingresar á la columna de su mando, á fin de prestar en ella sus servicios. El jefe indicado le recibe cariñosamente tendiéndole la mano, y le dice quedar desde luego obsequiada su solicitud, tomando en consecuencia el alojamiento y cuartel para sus soldados que le señalara el Ayudante que tenía á su frente, en la inteligencia de que á la hora conveniente pasaría su revista, á efecto de darle á reconocer en la columna.

En seguida el jefe de ella interroga al guerrillero respecto de su categoría militar: éste le contesta ser la de General de Brigada, según el despacho que le otorgó en la Providencia el General Don Juan Alvarez, el cual con otros documentos de importancia, perdió con su maleta de viaje, al ser derrotado más antes en el Distrito de Apatzingán en 1854, por el Coronel Ramón Vargas, servidor del Gobierno central. Bien está, querido compañero, le dice Don Santos, será Ud. reconocido con ese carácter y se le guardarán los respetos y consideraciones de su empleo; pero conviene hacerle saber que los sueldos señalados á los servidores de la columna, son bien reducidos y escasos lo más y que á ellos debe Ud. sujetarse, si

le conviene. Sean cuales fueren los sueldos, ó nada, cuando no haya, replicó el guerrillero, estoy enteramente conforme, Señor General, pues no estoy dominado por el interés de los haberes, sino por el deseo de reconocer un centro superior y no andar de partida suelta, merodeando en los pueblos. Las gracias. Sr. compañero, dijo Don Santos, por su patriótica deferencia; y apoyado en ella es bueno forme Ud. su presupuesto, un estado de fuerza y noticia de caballos, para en su vista proveer lo conveniente, despidiéndose luego el General del guerrillero.

Al presentarse éste al jefe de la columna, se notó que su apellido bien correspondía con su grande estatura, fuerte y robusta, con apariencias de ser mayor de cincuenta años, de color trigüeño, rasurado por completo, de ojos negros grandes también, pero sin expresión, de pelo y barba entre canos. Usaba calzón blanco doble, de manta común, camisa de lo mismo, chamarra de dril plomo, ciñendo sobre ella gran cinturón de baquetilla, del cual colgaba un sable americano; y también tenía colocada en el mismo lugar, una canana de piel de zorra, repleta de parque común y balas de 15 adarres. Portaba sombrero de palma de ancha falda, dentro del cual guardaba sus papeles; calzaba botines de vaqueta, bastante usados y una frazada gris sobre el hombro izquierdo; pero eso sí, buen patriota, aunque de educación enteramente vulgar.

Sin embargo, el talante del General guerrillero, dijo Don Santos, al jefe de Estado Mayor: gente se necesita, compañero, y la vamos adquiriendo, sea cual fuere la categoría militar que quieran llevar los ciudadanos que la presenten, bajo la cual conviene recibirles, al fin y al cabo, si nuestra causa triunfa, el Gobierno resolverá lo que sea de su

agrado de esos nombramientos, provisionales de las exigencias de esta época.

Después de dos días de marcha, llegan á Zamora las fuerzas liberales; y una vez en la plaza de esa ciudad, se apersonaron con el Sr. Degollado los subalternos del centralismo Don Miguel Negrete y Don Anastasio Trejo, poniendo en su conocimiento lo ocurrido en aquella plaza y á sus órdenes los dos cuerpos de infantería procedentes de Puebla y San Luis Potosí, con que habían secundado el movimiento de Ayutla en la misma ciudad, en pos de un movimiento administrativo.

En consecuencia, unidas las tropas liberales á las que cubrían la plaza indicada, el General en Jefe, Sr. Degollado, dispuso llevar una expedición al Estado de México y Distrito Federal, como lo hizo, saliendo de Zamora con ese fin, el día 8 de Abril de 1855, pernóctando la noche de ese día en Tangancicuaro, alojándose el General en jefe en la casa del patriota vecino Don Manuel Juárez; y por la noche del propio día, el cura párroco del propio pueblo, Presbítero Don Antonio Traspaña, se desprende de la sotana para llevar la blusa encarnada con que se distinguían entonces los ciudadanos armados en defensa del plan de Ayutla, solicitando ese sacerdote incorporarse á las filas indicadas para prestar en ellas sus servicios, en el Estado Mayor del Sr. Degollado, y una vez admitida su solicitud, se le extendió despacho ó nombramiento de Coronel, como capellán de la columna expedicionaria, dándosele á reconocer con ese carácter á la misma, en la orden del día siguiente; nombramiento fué ese que recibieron con beneplácito los jefes, oficiales y tropa que componían la columna. Al ingresar el Presbítero Traspaña á las filas liberales, dejó encargado del curato al sacerdote que servía la vicaría, quedando así expedito para marchar luego.

En la tarde del día 8 citado perteneciente al mes de Abril, concedió también el General en jefe en la misma localidad algunos ascensos á diferentes jefes y oficiales de la columna, y de entre ellos fué uno de los agraciados el que esto escribe, ascendiéndole de Capitán á Comandante de Batallon, como encargado en esa fecha, del mando de la infantería de la sección Díaz con aquel carácter.

Al siguiente día 9, emprendió su marcha la columna ocupando las poblaciones de su tránsito, y entre ellas algunas del Estado de México y Distrito Federal, á donde se dirigía el General Degollado con objeto de unirse á la Brigada del General Plutarco González que, entonces se encontraba en los llanos de Apam y caminar de acuerdo en la demanda, según estaba convenido, para emprender algunas correrías de provecho y hacerse fuertes en el mismo Estado. A ese fin, tuvo que desempeñar el Coronel Traspeña una comisión de importancia y de peligro, á entera satisfacción de los jefes liberales por sus buenos resultados; de cuyo desempeño se dedujo que ese sacerdote había equivocado la vocación del ministerio con la de las armas, en cuya carrera habría sido ese sacerdote muy útil á la patria.

Dicho convenio con el General González arreglado con la intervención del capellán de la columna, como comisionado á ese fin por Don Santos, no pudo tener efecto, porque desgraciadamente las tropas del Gobierno, al mando del General Tavera, interrumpieron el tránsito de la columna, batiéndola en Tizayuca, en el mes y año antes citados, derrotándola y puesto en dispersión con ese motivo el personal que la formaba.

Entonces los vecinos de aquel pueblo presenciaron con horror la hecatombe que tuvo lugar al costado Norte de la Parroquia de aquella localidad, al ser fusilado de orden del vencedor, todo un piquete

de infantería del cuerpo "Guardias de Degollado," que cubría las alturas del templo en número de 25 hombres y en seguida los oficiales que lo mandaban, Francisco y Antonio Vega, hermanos, naturales de Morelia, y jóvenes de esperanza, dejando á su anciana madre desamparada enteramente, enferma y en la mayor miseria.

Los infortunados oficiales y soldados que componían dicho piquete, pretendieron abandonar las alturas luego que notaron en la plaza el desorden de las tropas de la columna, pero no les fué dable conseguirlo; por que, al tomar posesión de ellas, el campanero cerró luego la puerta de la torre que les dió ascenso á la azotea, llevando consigo la llave, sin fijarse en ello los oficiales, pues que si lo hubieran advertido, habrían recogido aquella para no quedar á merced del campanero, á la hara suprema, y salir cuando les conviniera; pero fatalmente no fué así, y una vez asegurados de ese modo oficiales y tropa, imposible se hizo la salvación de uno siquiera, de los que componían ese desgraciado grupo de patriotas.

Los relacionados jefes González y Degollado, murieron después, combatiendo á los sublevados de aquella época que proclamaban "Religión y Fueros," el primero, en el paraje del Platanillo, Estado de Morelos, y el segundo, en el "Monte de las Cruces."



De paso por la ciudad de Uruapan el Sr. General Don Ignacio Comonfort, en Junio de 1855, con rumbo á Jalisco, ordenó al Coronel Jesús Díaz, de Paracho, jefe entonces de aquella línea, se encargase, bajo su mas estricta responsabilidad, de mandar vigilar el camino que de aquella población conduce á la de Los Reyes, con tropa y oficiales de confianza, á fin de que, si el Ministro de la Guerra,